

# Esa muchedumbre solitaria

Rafael Toriz

PARA TODO GEMINIANO FERVOROSO —e incluso para todos aquellos a los que incendia la poesía— cada vez que se publica un tomo de Fernando Pessoa en nuestra lengua se

trata de un motivo de reflexión. La antología publicada por Galaxia Gutenberg *Un corazón de nadie*, traducida por Ángel Campos Pámpano, permite volver a las andadas con el vate lusitano, que brilla con su oscuridad característica en estas páginas insignes, en las que lo único deplorable, debido al uso castizo de la lengua, es la enfadosa traducción.

Si como dijo Calvino la naturaleza de los clásicos radica en que nunca terminan de decir lo que tienen que decir, en el caso Pessoa el axioma se cumple con naturalidad y lo trasciende, puesto que para sorpresa de todos sus acólitos, el último censo del mítico baúl revela la escandalosa cantidad de 136 heterónimos, dueños de una poderosa obra fragmentaria; muestrario que será publicado a la manera de almanaque próximamente en España.

Para quien no esté del todo familiarizado con la obra de uno de los mayores escritores del siglo veinte, conviene apuntalar que Pessoa, más que una literatura o un sistema literario, es una cosmogonía, mítica galaxia en expansión que trasciende y devora todo posible comentario: en su obra no sólo están contenidas y negadas las claves de su interpretación: basta leer cualquiera



Fernando Pessoa en 1914. (Fotografía: Apic/Getty Images)

de sus versos para obtener una comprobación empírica, esotérica y sensualista del mundo.

En este tomo, que puede servir como introducción para el neófito, se echa en falta una antología de veras general con algunos de sus heterónimos menos leídos, y no los consabidos de Álvaro de Campos, Alberto Caeiro, Ricardo Reis y Pessoa como ortónimo, que pueden cotejarse en innumerables traducciones por la red.

Empero, el tomo sirve para recordar el evangelio instaurado por Fernando Pessoa, único laurel posible para los temperamentos sensibles y lúcidos, los poetas verdaderos: devenir Don Nadie (“el más grande de nosotros no es más que aquel que conoce de cerca lo hueco y lo incierto de todo”). El escritor lusitano fue esa multitud de escritores cuya única verdad tangible era aquella que lo negaba, es decir, lo liberara de sí mismo. (“puedo imaginarlo todo, porque no soy nada”). Sólo mediante la manumisión de la muchedumbre que nos habita llegaremos a la experiencia radical de la libertad, que es también la experiencia radical de la soledad. Vivir todos nuestros desarrollos posibles, así sea mediante la imaginación o las palabras, es un camino para disolvernarnos en la multiplicidad que nos habita, sobrepasando los límites que pudo ver con extraordinaria lucidez Elías Canetti: “Necesito personajes. Sólo puedo subsistir repartido en personajes. Soy demasiado fuerte para permitirme vivir indiviso. Temo la destrucción que podría brotar de mí”.

De acuerdo con Theodor Adorno, “la función de la heteronimia ordenada por la autonomía es la figura más reciente de la conciencia desgraciada, por ello no hay felicidad más grande que cuando uno no es uno mismo”. En ese sentido negativo y positivo de la experiencia al mismo tiempo es posible calibrar la obra de un oscuro personaje perdido en una de las más provincianas ciudades europeas, alguien que supo que “tener opiniones es estar vendido a uno mismo. No tener opiniones es existir. Tener todas las opiniones es ser poeta”. Pessoa fue ese hombre que supo disiparse para vivir en el aire y en el viento a la manera de la niebla.

Por fortuna, otra de las ventajas permanentes de Pessoa es que hay tantos de sus autores como traductores, por tanto, como quiso T.S. Eliot, a quien de veras le interese conocer la sustancia de este clásico contemporáneo —quien es el más rabiosamente moderno de todos los autores que en el mundo han sido— se verá obligado tarde o temprano a traducirlo.



Fernando Pessoa  
*Un corazón de nadie*,  
Barcelona, Galaxia Gutenberg,  
2014, 656 pp.